

CORREO AMERICANO DEL SUR

JUEVES 25 DE FEBRERO DE 1813

Año tercero de nuestra gloriosa insurrección

Expedición de Oaxaca

La interesante expedición de esta provincia, bastaba ella sola para inmortalizar el nombre por mil títulos esclarecido del insigne Conquistador del Sur. Los rasgos que presenta desde la feliz combinación de sus planes, hasta el término de ejecución en que se admira, anuncian luego los sublimes talentos de este hombre extraordinario, nacido en la América septentrional, para padre de su patria, que la redimiese de la vil esclavitud en que yacía, y la reintegrase por completo en el goce de sus derechos más augustos. A cambio de tantos ultrajes con que la maledicencia no cesa de zaherir la sagrada persona del excelentísimo señor don José María Morelos, permítasenos una expresión, que los hechos mismos referidos sencillamente han de justificar más allá de cuanto pudiéramos encarecer.

(Se continuará)

[\[Para leer artículo completo\]](#)

*Santa Rosa.- El señor coronel don José Manuel Herrera
al excelentísimo señor general del sur*

Excelentísimo señor.— Cumpliendo con las superiores órdenes de vuestra excelencia salí de Tlaxiaco el 27 del próximo pasado, y el 31 llegué al pie de la cuesta de Santa Rosa, donde me situé a media legua

³⁴ Páginas 1-8 de la edición impresa de este periódico. En los siguientes números, como en éste, tan sólo se pondrá el número de página con el que inicia cada uno de ellos y ya no se pondrá esta referencia. NOTA A LA EDICIÓN ELECTRÓNICA.

de los campamentos enemigos. Tomé un día de descanso mientras se juntaba la indiada que voluntariamente se me franqueó de los pueblos inmediatos, y al siguiente ataqué del modo y con el suceso que tengo el honor de elevar a la noticia de vuestra excelencia. Dividí la gente en dos trozos: el uno compuesto de más de 1,000 indios honderos y flecheros, y 50 soldados con malas escopetas y un cañoncillo, sólo para que hiciesen demostración de acometer al punto que más le interesaba al enemigo, a tiempo que yo con 500 hombres, los 170 de fusiles, y el resto de lanza y machete, y tres cañones, acometía al primer campamento de la izquierda, de que por entonces pensé únicamente apoderarme. Así lo conseguí con la facilidad que ciertamente no me prometía, porque amenazado el campamento principal de una fuerza al parecer superior, vinieron en su socorro los otros tres, y reunidos marcharon de frente sobre los indios, quienes se retiraron con todo el aire de una precipitada fuga, buscando, como les previne, el abrigo de mi división, que sin resistencia había ocupado el punto que me propuse. Los enemigos, que seguramente se creían victoriosos, siguiendo con tesón el alcance, fueron recibidos con tres cañonazos a metralla, que mandé dispararles cuando estuvieron a proporción. Esta salva inesperada los acobardó, obligándolos a retroceder hacia sus puestos, pero ya no era ocasión de recobrarlos porque los cubría la mayor parte de mi división, que hice destacar oportunamente, manteniéndome a todo riesgo con 50 fusileros y dos cañones, fiado en que la multitud de indios que habían hecho alto conmigo, y esperaba con serenidad, impusiese al enemigo. En efecto, no pensó más en mí sino que se dirigió al punto de en medio, y lo atacó con la mayor obstinación, pues duró el fuego cerca de 2 horas; pero al fin tuvo que sufrir la más completa y vergonzosa derrota, quedando por nuestras sus más ventajosas posiciones.

Sé que perecieron cinco, y que es muy considerable el número de sus heridos. Les hicimos 9 prisioneros, que a disposición de V. E. he remitido a Tlaxiaco; les tomamos 40 fusiles, 3 cañones, un cajón de cartuchos de fusil, uno y medio de saquitos de metralla, una fragua, 590 pesos efectivos, 16 mulas aparejadas y algunos caballos ensillados. Los prisioneros declaran que el total de la fuerza enemiga ascendía a 1,500 hombres, los 500 fusileros, y los demás de lanza y machete. Por nuestra parte tuvimos 9 muertos y 8 heridos, habiendo yo corrido la desgracia de que se me quebrase o dislocase un hueso del hombro izquierdo. Esto último importa poco para quien está resuelto a morir por las glorias de su patria.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Campo de Santa Rosa y enero 4 de 1813.— Excelentísimo señor.— José Manuel Herrera.—Excelentísimo señor capitán general, don José María Morelos.

*Xamiltepec.- El señor brigadier don Miguel Bravo
al excelentísimo señor general del sur*

Exmo. Señor.— La buena causa va ordinariamente acompañada del feliz éxito de las empresas militares. Tal es el que tengo la complacencia de comunicar a vuestra excelencia del ataque dado al obstinado Francisco Rionda, capataz de un sin número de gente colectada por la maldad y el artificio.

Deseoso yo de aumentar nuestras glorías, atrayendo más bien a estos pueblos por el desengaño, que por el ministerio cruel de derramar la sangre de mis semejantes, y tal vez de muchos inocentes, he meditado algún tiempo emprender la acometida contra el alevoso Rionda; pero mirando, por una parte, que cada día infestaba más y más estos territorios con sus viles seducciones, y por otra que mi valiente división no cesaba de explicar su inquietud por vengar las preciosas vidas de sus hermanos y compatriotas, me propuse batirlo el día 8 del presente.

Para hacerlo con acierto encargué al señor mariscal don José Antonio Talavera, que se hallaba situado en el campo de Tataltepec, pasase en compañía del señor coronel don Víctor Bravo a reconocer el paso de la Reina, que es el más a propósito para vadear el Río Verde. Ambos me informaron que estaba ocupado por el enemigo y suficientemente fortificado con cinco baluartes que en los bajíos de dicho río, o intermedios de las eminencias próximas, había construido con bastante arte y pericia; de manera que el ejecutar el tránsito por ese rumbo sería destinar mi ejército a una ruina infalible.

Menos arriesgado creí vencer un destacamento que aquellos malvados mantenían en las cumbres de Santa Cruz, y burlar sus prevenciones pasando el río por el vado que nombran de la Texa. Con tal objeto dispuse que a las nueve de la noche marchase toda mi gente a aquel destino silenciosa y ordenada. Así lo verificó hasta las cuatro de la mañana que nuestra descubierta mandada por el bizarro teniente coronel don Vicente Guerrero se encontró con la del enemigo. Atacada

ésta vivamente se replegó a su atrincheramiento, por lo cual determine batir a la canalla antes de que mejor se previniese.

Al efecto dividí mi tropa en dos trozos: uno que a mi mando acometiese por el frente; y otro que a las órdenes del señor mariscal ganase la cumbre de un cerro inmediato que dominaba el campo enemigo. Esta medida no se logró, porque en el momento que ellos conocieron las disposiciones destinaron un cuerpo que ocupase aquella posición, como que se hallaban mucho más cercanos.

Lejos de haber sacado ventajas esos cobardes de la nueva determinación, encontraron el precipicio. Mientras que el señor mariscal contenía en la falda a los del cerro, mi gente embistió con tanto desnudo al campamento del plano, que intimidado el enemigo ocurrió a reunirse con el trozo que había subido a la eminencia. Juntos allí todos, y confiados en la ventaja del punto que habían tomado, nos esperaban con arrogancia, pero al ver que nuestros soldados avanzaban con serenidad a pesar de lo pendiente del terreno, entendieron que iban a ser envueltos y completamente destrozados; y abandonaron aquel puesto precipitada y vergonzosamente, dispersándose unos y replegándose otros a las fortificaciones del paso de la Reina y trincheras del rancho de la Texa.

Limpio ya el camino me dirigí Tututepec, sin novedad, hasta las cinco de la tarde del día siguiente que llegamos a dicho pueblo. Allí fue indispensable que esta invencible tropa se repusiese un poco de la fatiga de todo aquel día y de la noche anterior. Al siguiente caminamos a marchas dobles al paso de la Texa, considerándolo ya libre o mal guarnecido; pero me engañé, porque el enemigo, temiendo que la gente que custodiaba dicho paso fuese arrollada, dejó el de la Reina y agolpó toda su fuerza en la Texa, quizá para empeñar una acción decisiva.

Según el modo con que el infame Rionda iba proporcionando los lances, y tenía dispuestos aquellos parajes para su defensa, porque aun no bien forzábamos una batería, cuando nos encontrábamos con otra mejor construida; se hubiera acobardado y desfallecido cualquiera otra tropa que no pelease por el don inestimable de la libertad, y por desaparecer de la superficie de la tierra al autor de todas sus desgracias. Mientras llegábamos, el caudillo había emboscado ya sus esclavos en lugares montuosos y dominantes, pero mi esforzada división, que no tuvo otra noticia de aquel ardid, que una viva descarga, lejos de sorprenderse embistió a los malévolos con tal intrepidez y valor que no sólo los desalojó de aquellos puntos sino que los obligó a pasar el río

precipitadamente y a encerrarse en varias trincheras que habían colocado del otro lado.

Asegurados allí con esta barrera, y con sus fortificaciones, luego que vieron formarse mi ejército en una dilatada playa, rompieron el fuego de nuevo desde sus parapetos, al que correspondieron los nuestros sin más cubierta que sus pechos heroicos, con once cañonazos y una viva descarga de fusiles. Entonces intentaron el avance, mas como observaron la serenidad con que mis soldados los aguardaban cambiaron su determinación. Continuó el tiroteo lento por cuatro horas, hasta que viendo yo que ya se nos escapaba el día, y que el enemigo no cedía, mandé a mi gente que avanzase, lo que ejecutó en el momento con tanto entusiasmo y osadía, que ni el caudaloso río, ni el temor de los lagartos en que abunda, ni mucho menos los fuegos del enemigo, fueron capaces de contenerlos ni aun perturbarlos. Esta heroicidad y resolución nunca vista infundió en los esclavos tanto horror y cobardía que dejando sus trincheras se refugiaron por los bosques y subieron a los montes.

Conseguida así una completa derrota, y reunido y repuesto un tanto este ejército, que tengo el honor de mandar, dispuse mi marcha para Xamiltepec, a donde llegué hoy a las tres de la mañana. Aquí no pulsé embarazo alguno al entrar. Rionda con varios de sus confacciosos había salido dos horas antes a abrigarse con el mentecato Paris. Es tal la crueldad y dureza de estos bandidos que al infame Francisco sólo lo detuvo en Xamiltepec la obra impía de degollar sin confesión a tres prisioneros: el uno teniente de Juquila, y los otros compañeros de Echeverría. Sin embargo de estas intergiversables pruebas de su irreligiosidad, quieren aún aparentar suma caridad, como lo hizo pocos días ha el gazmoño de Rionda escribiéndome una carta con el fin de seducirme.

La fuerza total del enemigo sería de mil y cien hombres; trescientos que guardaban la cumbre de Santa Cruz, y como ochocientos los dos puntos de la Texa y Paso de la Reina. El embarazo y dilación que tuvimos al pasar el río dio tiempo al enemigo para su vergonzosa estampida y para llevarse muchas armas, de suerte que sólo dejó dos cajones de pertrecho; pero aquéllas se van recogiendo, porque las traen algunos de los muchos que se están presentando, y juzgo que Rionda jamás volverá a ver su división reunida, y más cuando fue a incorporarse con Paris, quien según dicen se halla cortado por la gente que tenemos en el Veladero.

No puedo menos de creer que el cielo nos protege visiblemente. Los reencuentros todos han sido peligrosísimos y con mucha ventaja por parte de los malvados; con todo, nuestra pérdida se reduce a un solo muerto y cuatro heridos. La del enemigo no fue muy considerable porque siempre acometía o resistía abrigado; pero esto mismo debe lisonjearnos tanto más, cuanto se destruyen las fuerzas contrarias sin mayor derramamiento de sangre, que es lo que apesadumbra al feroz Venegas y sus dignos adoradores, pues se complacen en verla correr en arroyos. El porte de mi gente en esta serie de acciones ha sido muy satisfactorio y asombroso, pero más señaladamente el del capitán don Zenón Veles, que en todas ocasiones manifestaba su espíritu americano con el valor y el ejemplo, el del teniente coronel don Ignacio Herrero, quien aún estando enfermo fue el primero en arrojarse al río amenazando a la ribera opuesta.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Cuartel subalterno en Xamiltepec, febrero 11 de 1813. — Excelentísimo señor. — Miguel Bravo. — Excelentísimo señor capitán general, don José María Morelos.